

de toda cultura y de toda civilización superior. Es interesante observar que, en el lenguaje bíblico, el concepto de nación y de nacionalismo es justamente el contrario al que hoy se les da. Por nación se entiende a los gentiles, es decir, a las gentes de otras razas, de otras tierras y de otra religión. El concepto actual de nacionalismo nació en la edad media, como un sentimiento hostil a todo lo extraño, y hasta ahora sólo lo han combatido con base filosófica y con efectividad prácticas las doctrinas y las conquistas del socialismo.

Volviendo a América y elevando el ritmo de estas ideas, nos preguntamos, ¿qué es una nación? ¿Es un contorno geográfico? ¿Es una Raza? ¿Una civilización? ¿Una convivencia histórica? ¿Una estructura política? En América entendemos por nación un conglomerado racial que habla la misma lengua y convive dentro de una determinada circunscripción geográfica, organizada políticamente. Pero, por mucho que se sutilice, no creemos que sea posible establecer diferencias fundamentales que justifiquen la diversidad, la separación y la lucha de nacionalidades, tomando en cuenta desde luego la diferencia entre nación y país. Si se estudia el origen del nacionalismo hispanoamericano se llega a la conclusión de que, entre pueblo y pueblo, obedece exclusivamente a problemas fronterizos, que cada vez van perdiendo importancia, y, frente a los Estados Unidos, tiene por causa única la reacción contra el imperialismo.

La defensa contra ese imperialismo,—más fuerte por su potencialidad económica que todos los medios románticos de nuestro nacionalismo,—y bien diríamos, la liquidación única y definitiva del imperialismo, no podrán realizarse sino por la unión; es decir, por la creación de una entidad colectiva, jurídica y económica, que sustituya la debilidad de la actual disgregación autocrática por el principio filosófico de la antigua idea imperial en su sentido de unidad, en su nuevo sentido socialista.

Instituto Iberoamericano de la Universidad de Puerto Rico

Ideado en 1933, ha podido consolidarse oficialmente en 1935 el Instituto Iberoamericano de la Universidad de Puerto Rico, que constituye una entidad autónoma dentro de la organización general de aquella casa de estudios y de alta cultura, fundada en 1903.

Aspira el Instituto Iberoamericano, de acuerdo con el prospecto que se ha servido enviarnos nuestro particular amigo, el Profesor don Domingo Toledo Alamo, a difundir en la isla el conocimiento de los pueblos de origen ibérico, uniéndose así a tierras continentales por las vías del intelecto, en un alto plano de comprensión y simpatía.

En el programa del Instituto mencionado ocupa primer término la formación de una biblioteca iberoamericana, completándose el estudio de todo lo relativo a nuestros países por medio de conferencias, radiodifusión, programas musicales y artículos en diarios y revistas.

LIBERACION desea todo buen éxito a la noble iniciativa de los directores y consejeros de tan importante organismo universitario.

Horario Contemporáneo

Por LUIS G. NUILA

Especial para Liberación

LA CONVOCATORIA DEL PRESIDENTE ROOSEVELT

Del Congreso de Panamá, a que Bolívar convocó, al Congreso Panamericano, a que ahora invita el señor Presidente Roosevelt —pasando, por supuesto, por todos los congresos panamericanistas que ha habido—, la historia política de nuestra América ofrece perspectivas dentro de una línea de fenómenos que tienen ritmo igual. Esa historia ha sido la del caudillaje —en algunos casos bárbaro, como el de Melgarejo, en Bolivia; lúgubre el de Estrada Cabrera; cómico el de Regalado en El Salvador—, y la tentativa que ahora se esboza, y cuyo programa bien pronto conoceremos, se afana por cambiar las directrices de esa línea, que —según los estadistas europeos— se acomoda perfectamente a lo que corresponde a esos que llaman “pueblos naturales”, para diferenciarlos de los otros—. Por el momento se habla de poner punto final a las guerras. ¿A cuáles? A las civiles, acaso, que son las que tienen una continuidad histórica; o, quizá, a las que han tenido por origen las cuestiones de fronteras, y con mucha frecuencia las intrigas de los que hallan espantapájaros en las posibles incursiones del vecino. ¿Cuál puede ser la panacea? ¿Qué medidas se van a decretar como compromiso que garantice esa paz idílica, en que gobernantes y gobernados parten el turrón de la dicha? Aquí entramos a un serio problema que acaso nos sea dilucidado por los catedráticos de Historia de la América Española.

MESIANISMOS SIETEMESINOS

La violencia —desde la emancipación de España— ha sido entre nosotros el motor de atropellos a la vida humana; ha inspirado los más generosos programas de reivindicaciones —casi siempre en nombre de un “totem” tradicional—; y ha dado a los levantamientos populares —hambre de frijoles, más que de justicia— el vívido colorido de revoluciones, sin que a la postre la estructura del pueblo llevado a sangrientas orgías haya sufrido leve modificación. Y cada caudillo mesiánico —bien pronto un hombre providencial, “lluvia de oro sobre las gentes” — ha continuado la línea tradicional de la turbulencia, creando un ambiente de incertidumbre. Alguna vez Manuel Seoane, — un escritor que se ha adentrado en la realidad hispanoamericana al referirse concretamente a hechos peruanos— se preguntaba quiénes son los “traficantes de cadáveres”. La respuesta es automática: los déspotas son los que agitan, los que desesperan, los que exacerban las pasiones. Y parece que hay momentos en que se ponen de acuerdo, se dan las manos a través de las fronteras, organizan mafias en las que tácitamente se comprometen unos y otros a entregarse los enemigos, a vigilarlos, porque siendo idéntica su conducta tienen que ser cómplices y paniaguados. La política de los Estados Unidos —que merece una exégesis de hondura, porque es múltiple en sus recursos, variada en sus procedimientos—